

## LA ETERNA CANCIÓN DE SIEMPRE

CON DEMASIADA FRECUENCIA recibo cartas anónimas sobre la vida y milagros de los curas de mi diócesis. Son gajes del oficio. No suelo hacer mucho caso a esas cartas. Si les hiciera caso, presiento que usaría días enteros de turbio en turbio, noches enteras de claro en claro y largos amaneceres con la resaca del deber mal cumplido. Eso sí, procuro tomar nota sucinta de su contenido. Lo hago en un cuaderno de tapas verdes que en su carátula lleva grabado en relieve mi escudo episcopal con graciosas incrustaciones de nácar que parecen copos de nieve. El cuaderno es una monada por fuera. Por dentro es un rosario de misterios dolorosos. (Me lo regalaron mis sobrinos y mis sobrinas el domingo en que los invité a merendar conmigo en palacio para festejar las bodas de plata de mi consagración como obispo. Fue una tarde de gloria en compañía de siete ángeles a los que sus respectivas madres regañaban incesantemente como si fueran diablos emplumados, por la simple razón de que uno se había colocado la mitra mía en su cabeza, el otro corría detrás del gato con el báculo en la mano y el más pequeño de todos se habla bebido de un solo trago el óleo sagrado que utilizo como crisma cuando administro el sacramento de la confirmación. Peccata minuta, como se ve). Ese cuaderno, que guardo bajo siete llaves en el cajón de los truenos, está plagado de latinajos; en ocasiones, de *helenajos*. Este recurso pueril a las lenguas muertas no es más que una ingenua medida cautelar por si el cuaderno cayera en manos de algún curioso impertinente que intentara meter las narices donde no debe.

Tal vez debería acusar recibo de esas cartas anónimas y agradecer los servicios que los remitentes dicen prestar a nuestra santa madre la Iglesia. Pero, salvo que las denuncias contengan artillería pesada o toquen materias de extrema delicadeza, no suelo mover ni un solo dedo como consecuencia de tales denuncias. Una de esas materias de extrema delicadeza es, claro está, ya lo habrán adivinado ustedes, el celibato de los curas, la eterna canción de siempre.

La situación suele pasar de castaño a oscuro cuando se multiplican las denuncias contra un mismo sacerdote, sobre los mismos hechos y con remites diferentes. Esa fue la situación a la que hube de enfrentarme en el tristísimo caso del cura de Olivar del Arroyo. Aunque soy poco amigo de refranes, no quiero perder la ocasión de traer uno a colación. Viene como anillo al dedo. Es éste: *Donde menos se espera salta la liebre*. Lo que son las cosas. A don Baldomero Caicedo Holguín lo había mandado yo a regentar la parroquia de Olivar del Arroyo precisamente para taponarle la boca al alcalde de la villa que un buen día vino a verme con muchos humos y alguna copa de más y me soltó de buenas a primeras:

-Si la leche engorda, ¿por qué hay vacas flacas, monseñor?

Le dije que no entendía de adivinanzas. Le pedí que me aclarara la pregunta. Y me la aclaró:

-Si el cura que nos ha mandado es un santo, ¿por qué en Olivar del Arroyo cada día que pasa hay más sinvergüenzas

Me quedé con las ganas de responderle:

-Porque lo que el cura limpia lo ensucia el alcalde.

Aquel día, sin embargo, no quise cantar fuera de coro. Prometí enviarle un cura nuevo que hiciera engordar las vacas y disminuir el número de sinvergüenzas. Mi gozo en un pozo. Fue peor el remedio que la enfermedad. No fueron precisamente las vacas las que engordaron, sino las lenguas de doble filo. Desde la primera semana de adviento hasta el domingo de pasión, es decir, en menos de cinco meses, llegaron a mis pecadoras manos veintisiete cartas anónimas poniendo verde, como hoja de perejil, a don Baldomero Caicedo Holguín. ¿Ustedes saben lo que son veintisiete cartas anónimas, una detrás de otra? ¡Veintisiete cartas anónimas! Se dice pronto. Faltaban sólo trece para completar la baraja, pero los bastos estaban todos. En todas esas cartas se leía nítidamente el matasellos de la oficina postal de Olivar del Arroyo. Más de la mitad de esas cartas habían sido garabateadas, deliberadamente quizás, con estudiada caligrafía. Otras habían sido escritas con palitroques tan rudimentarios y cuneiformes como el código de Hammurabi, incluso con faltas de ortografía, tan clamorosas y disparatadas que parecían intencionadas. Era la primera vez que mis ojos veían escrita la palabra "hovispo" con uve y con hache. ¡Qué horror! Es probable que el autor de semejante atropello a la gramática y a la dignidad episcopal cometiera el error a sabiendas, a ciencia y conciencia, mas por perfidia que por ignorancia.

En todas esas cartas los amables comunicantes me alertaban ("por el bien de la Iglesia y para que la fe no se vaya al carajo", decía uno de ellos) sobre la vida poco edificante del señor cura don Baldomero Caicedo Holguín. Algunas de esas veintisiete cartas parecían escritas de buena fe con palabras que resonaban como eco del evangelio, acordes con el consejo paulino de la corrección fraterna, y remitidas a mi humilde persona con la pretensión de que mi menudencia reverendísima, con la potestad que me confiere el Codex Iuris Canonici, pusiera fin al presunto escándalo. El escándalo de Olivar del Arroyo consistía en que, según el caudaloso runrún que corría por el vecindario, el ama de llaves de don Baldomero Caicedo Holguín no sólo habitaba y pernoctaba en la casa rectoral, sino que calentaba las mismas sábanas que el reverendo. Ningún comunicante osaba afirmar que los hubiera sorprendido in fraganti, menos mal. Todos ellos estaban con la creencia de que cuando el río suena, agua trae. La verdad es que en Olivar del Arroyo el río no sonaba; tronaba.

Estarán ustedes de acuerdo conmigo en que veintisiete cartas anónimas eran demasiadas cartas. Ningún pastor de la Iglesia que se precie de apreciar el sagrado depósito de la fe y el tesoro de la tradición cristiana de veinte siglos puede hacer oídos sordos a un clamor tan reiterado y tan acuciante como el que, procedente de Olivar del Arroyo, castigaba mis oídos y ponía en jaque mi paciencia, mi conciencia y mi indulgencia. Ante tanta carta, pues, decidí tomar cartas en el asunto. Haciendo de tripas corazón, después de madura reflexión, tomé la determinación de dejarme caer yo solito y sin aviso previo en la casa rectoral de la humilde villa de Olivar del Arroyo. Era la decisión más razonable para conocer in situ, con mis propios ojos, la certeza o la falsedad

de los rumores que corrían por la aldea como las aguas enlodadas de una rambla salida de cauce. Más tarde tuve mis dudas de que esta decisión fuera la más acertada. Pero sepan ustedes que el oficio de obispo, con be y sin hache, es un oficio que no está pensado para personas tan torpes como el abajo firmante.

A las once y media de la mañana del día veintiocho de marzo llamé a la puerta de la casa cural de Olivar del Arroyo. Me abrió una atractiva mujer de unos treinta años bien llevados, viva en sus movimientos, presta y delicada en sus ademanes, algo rolliza de carnes, alta de cuerpo, piel trigueña, buena cara, brazos robustos, pechos erectos, pero no excesivos, cintura moderada, larga melena azabache, ojos zarcos, mirada soñadora y manos tan finas que no parecían diseñadas para pelar ajos ni para hacer el mondongo, sino para prodigar caricias y hacer llevadera la soledad a quien con ella compartiere la vida. (Que nadie se escandalice de que mis castas pupilas de obispo decadente y miope registraran tantos encantos en tan corto tiempo. Ella no era, no podía ser el objeto de mi deseo. Era el origen de mis dudas, la razón de mi visita. Me urgía saber quién era ella, cuáles sus merecimientos. No hubo, pues, delectación morosa en mis ojos ni vibración lasciva en mi carne. Eso sí, alabé al Señor, dispensador de tanta hermosura).

La buena mujer se quedó de una pieza al ver mi atuendo de discretos colorines. La persona que llamaba a la puerta era nada menos que el señor obispo. (Por aquellas fechas todavía no era yo cardenal, a pesar de los muchos que llevaba en el cuerpo). Le pregunté si se encontraba en casa el señor cura. Antes de que ella contestara a mi pregunta, el reverendo Caicedo Holguín ya había identificado mi voz cascada de viejo carcamal. Saltó de su poltrona del despacho parroquial. En dos zancadas salió a mi encuentro. Ignoro la causa de su apresurada comparecencia bajo el dintel de la puerta. ¿Diose prisa en salir impulsado por la alegría que, según dijo, creo que con la boca chiquita, le producía mi llegada? ¿O más bien diose prisa en salir para apartar de mis ojos el cuerpo del delito y alejar de mi mente la conclusión lógica y aristotélica de que aquélla no era una mujer canónicamente idónea para el noble papel de ama de llaves de un clérigo?

-Monseñor! ¡Pero, qué gratísima sorpresa! -exclamó el cura. -¡Don Baldomero! ¡Pero, qué inmensa alegría! -contesté yo.

Después de un saludo protocolario y de algunas palmaditas mías en la espalda del señor cura, don Baldomero y yo pasamos al despacho parroquial. La mujer renunció a los cien días de verdadera indulgencia que pudo haber lucrado con un piadoso beso de pitiminí a mi anillo pastoral. Buena falta le hacían. Refunfuñó ella *sotto voce*, diome la espalda con desdén, con un giro enérgico de hombros dio una sacudida teatral a su frondosa cabellera, siguió pasillo adelante con andares de pantera herida y se encerró en la que cabía suponer que era su habitación. Yo (¡que Dios me perdone! ) mentí a don Baldomero con la misma flema con la que miente un contribuyente a la hacienda pública. Le dije que iba de paso, pero que no había podido resistir la tentación de desviarme hacia Olivar del Arroyo para saludar a mi estimadísimo don Baldomero. (¡ Cuánta hipocresía, Señor, hay en nuestras vidas!).

-No sabe, señor obispo, cuánto agradezco que se haya dignado hacer un alto en el camino para entrar a saludar a este pobre cura de secano -dijo él. Y añadió:- ¿No será más

bien que alguien le ha informado de que el pueblo anda un poco revuelto hoy?

-¿Revuelto? -me interesé yo- ¿Porqué?

-Bastante revuelto -ratificó don Baldomero.

Era cierto. Tenía razón don Baldomero Caicedo Holguín. El pueblo andaba revuelto y no porque a sus vecinos les hubiera quitado el sueño el supuesto amancebamiento del reverendo Caicedo Holguín con su ama de llaves. A esas horas de media mañana Olivar del Arroyo andaba alterado por otra causa diferente.

Verán ustedes: En el periódico de la capital de provincia de aquel miércoles veintiocho de marzo, se incluía un cuadernillo de doce páginas en papel cuché sobre la exposición de arte sacro que la Consejería de Cultura y Deportes de la Comunidad Autónoma preparaba para finales de mayo. Uno de los redactores del cuadernillo no escatimaba elogios a la custodia de Juan de Arfe, conservada como un tesoro en la iglesita de Olivar del Arroyo. A juicio del susodicho, en esa exposición de arte sacro no podía faltar, ni mucho menos, la joya más valiosa de nuestra diócesis: La celeberrima custodia de Juan de Arfe, la custodia de Olivar del Arroyo.

Don Buenaventura Barriocanal Buendía, fiscal jubilado, ilustre e ilustrado hijo de Olivar del arroyo, persona de mucho predicamento ante sus paisanos a pesar de su afición al bingo y al zumaque, se había propuesto calentar los ánimos de los olivareños. *Scienter et volenter*<sup>1</sup> hizo correr el rumor falso y la falsa alarma de que los organizadores intentarían llevarse por las bravas la custodia a la exposición de arte sacro de la capital. Ponía en guardia el fiscal Barriocanal Buendía a sus paisanos frente a los nuevos depredadores del arte sacro recordándoles otra aciaga efemérides de la década de los años veinte: *"Nos va a pasar, decía don Buenaventura en una acalorada hoja volandera distribuida de casa en casa junto con una fotografía de la custodia, lo mismo que nos pasó en tiempos de Primo de Rivera: Que se llevaron a una exposición la imagen de San Felipe, aquella preciosa talla de Alonso Berruguete, que jamás volvió a Olivar del Arroyo. Los organizadores de aquella exposición alegaron que una banda de traficantes holandeses habían saqueado la galería en la que habían sido expuestos los tesoros de la provincia. La parroquia fue indemnizada con cinco mil pesetas, una yegua roana para el servicio rural de la parroquia y una réplica en escayola de otro San Felipe, que, como dz/c en su día el alguacil Cuelgapanes con certera frase, se parece al de Berruguete como un cesto de brevas a una diadema de oro y de diamantes"*. Lo cierto es que los vecinos de Olivar del Arroyo no volvieron a ver, salvo en pintura, a su auténtico San Felipe.

-Más vale que sea por la custodia -dije yo, al terminar don Baldomero de explicarme el motivo por el que aquel día andaba revuelto el vecindario.

Dicho esto, sin más circunloquios ni prolegómenos, me fui derecho al toro. Puse mis ojos, como dos banderillas, sobre la mirada del cura y le dije:

<sup>1</sup>"Scienter et volenter" = A ciencia y conciencia.

-Póngase la mano en el pecho y contésteme como si ésta de hoy fuera la última confesión de su vida. Dígame. ¿Quién es la mujer que me ha abierto la puerta?

-Sofía -respondió don Baldomero, sorprendido de que le hiciera tal pregunta a quemarropa-, Sofía Aguilar, doña Sofía Aguilar Fernández, mi ama de llaves, la mujer que cuida de la casa, la cocinera y la que también se encarga de la lavandería de los ornamentos sagrados. ¿Por qué me lo pregunta, monseñor?

-Ahora se lo diré -respondí.

Apenas habíamos entrado en materia don Baldomero y yo cuando por la ventana abierta del despacho parroquial entró el vocerío atronador de más de cien olivareños. ¿He dicho más de cien olivareños? ¡Más de cien y más de doscientos! El tumulto era tal que parecía una declaración de guerra entre dos tribus guerreras del pleistoceno. Enarbolaban bastones, rejas de arado, látigos de carretero, hondas de pastor, hoces y guadañas. Se arremolinaron junto a la puerta de la casa rectoral. Los más osados tamborilearon con los nudillos de la mano en los postigos de la ventana. Otros aporrearon la puerta con la mano de bronce del pulsador. Viendo el cariz que tomaba la mañana, pedí a don Baldomero que saliera a la calle, calmara a sus feligreses y les dijera que yo nada tenía que ver con la exposición de arte sacro de la que hablaba el fiscal don Buenaventura Barriocanal, ni mi visita al pueblo guardaba relación con ella. Y puntualicé:

-Dígales que yo era todavía un chaval cuando se llevaron a San Felipe y que tampoco yo quiero que la custodia de Olivar del Arroyo vaya hogaño a la exposición. Dígales también usted que, aunque no tuve la suerte de nacer en Olivar del Arroyo, me siento tan olivareño como el que más.

El cura de Olivar del Arroyo, don Baldomero Caicedo Holguín, salió a ha puerta, se encaramó a una silla baja de anea, pidió silencio a la turba y trató de apaciguar a sus enfurecidos feligreses. Les dijo lo que le pedí que les dijera, ni una palabra más ni una palabra menos, Todo parecía indicar que al conjuro de su palabra la tormenta había amainado. Oyóse entonces el grito aguardentoso de un forajido:

-¡Que salga el obispo y diga lo que usted ha dicho!

Cómo no. Con muchísimo gusto. Me atusé las greñas, me coloqué el solideo en la coronilla, me ajusté el fajín a la curva de la felicidad, besé la cruz pectoral, salí ipso facto del despacho parroquial, comparecí ante la feligresía, agradecí con triple y larga bendición el aplauso atronador que me brindaron y reiteré con leves cambios y en plural mayestático el mensaje tranquilizador del cura. Viéndolos tan calladitos y tan atentos, recordé las palabras con las que mi admirado Publio Virgilio Marón comienza el segundo libro de su fabulosa Eneida: "*Conticuere amnes, intentique ora tenebant*". Fuéronse, pues, en sana paz con sus armas a media asta, felicitándose los unos a los otros con tan grandes aspavientos y con tan efusivas palmadas recíprocas en la espalda que me sentí tentado de vanidad por haber pacificado al pueblo. Ellos, a su vez, corrían y saltaban por

la mitad de la calle por haber vencido en desigual combate a los peces gordos de la capital, Don Baldomero y yo regresamos a su despacho, dispuestos a enhebrar de nuevo la charla interrumpida.

**Con demasiada frecuencia** el azar nos trae sorpresas insospechadas, unas veces para bien, otras veces para mal, en ocasiones ni para lo uno ni para lo otro. En el momento en que don Baldomero y yo pegábamos la hebra, sonó el teléfono de la casa. Resultó ser una llamada urgente desde un cortijo del campo de Olivar del Arroyo. Una jovencita huérfana solicitaba la presencia del cura para confesar y olear a su abuelo agonizante. ¡Qué casualidad! ¡Qué fatalidad! Tuvimos que suspender ipso facto la entrevista y dejarla para ulterior fecha y ocasión más propicia. Era imprevisible la hora de regreso de don Baldomero y yo tenía que estar en palacio antes de la hora de yantar para recibir a una comisión de canónigos y de beneficiados del cabildo catedralicio, los cuales, ¡pobrecitos!, para no sudar a mares en el coro, pretendían arrancarme licencia para prescindir de los capisayos durante el canto de vísperas en los meses de verano. (Para que luego digan que los obispos no tenemos huesos que roer ni gaitas que templar).

A requerimiento de don Baldomero, Sofía, Sofía Aguilar, doña Sofía Aguilar Fernández, lo acompañó en su utilitario. Según me dijo él al despedirse, ella ejercía también de sacristana, de campanera, de limosnera, de llavera y de organista. Esta, la de tocar el órgano, debía de ser su actividad más gratificante y la más agradecida. En un gesto muy clerical de buena educación y de consideración a mi menudencia reverendísima, el cura de Olivar del Arroyo insistió en que yo permaneciera en su casa todo el tiempo que estimara conveniente. Insistió en que, al ausentarme, dejara la llave de la puerta junto al tronco de un melancólico rosal que se moría de sed en el jardincillo de la entrada.

Quise hacer honor al lema de mi escudo episcopal. "*Oboedientia tutior*"<sup>2</sup>. Me quedé solo en la casa rectoral. No sin cierta inspiración divina, decidí ver y tocar la custodia de Juan de Arfe que don Balcomero guardaba en una hornacina empotrada en la pared medianera del despacho, protegida con tres cerraduras, cuyas llaves el cura había tenido la deferencia de confiarme por si deseaba recrearme en su contemplación.

Quedé estupefacto. ¡Qué maravilla! Me emocioné al tocar tanta belleza con mis manos pecadoras. En aquel momento pensé que había merecido la pena el viaje aunque sólo hubiera sido por ver y tocar tan valiosa joya. Inmediatamente, aun a riesgo de ser tenido por ladrón y, lo que es peor, por hombre de palabra hueca, introduje la custodia en su estuche de cartón guarnecido de terciopelo rojo y la escondí en un lugar oculto de la casa. Después, cerré la puerta de la alacena con tres llaves, guardé éstas en la gaveta de la mesa y salí a la calle. Deposité la llave de la casa junto al tronco del melancólico rosal, bajo un montoncillo de pétalos secos.

**Quince días después** de mi visita a Olivar del Arroyo, don Baldomero comenzó los preparativos de semana santa. Siguiendo la costumbre de otros años, decidió sacar brillo a la custodia para que luciera y reluciera en el monumento del Jueves Santo. Su sorpresa fue de infarto, casi tan fuerte como la mía cuando su ama de llaves me abrió la puerta. La custodia no estaba donde él la había dejado. Para no alarmar a los vecinos y, quizás, para

2 "*Oboedientia tutior*" = La obediencia es más segura.

que ningún olivareño pensara mal del obispo, el cura quiso realizar algunas gestiones previas.

A mediados de abril recibí un mensaje suyo en mi correo electrónico (montesacro@vescovile.com). En él, después de una introducción almibarada y antes de las palabras finales de disculpa por lo que él calificaba de juicio temerario, me decía, *"...Después de madura reflexión decido poner en conocimiento de su Excia. Rdma. que en fecha no conocida, pero ciertamente posterior al día 27 de marzo, ha desaparecido la custodia de Juan de Arfe que se guardaba en una pequeña alacena empotrada de mi despacho. Sé que es una descortesía el pensamiento de que su Excia. haya sido el autor de la sustracción. Pero pudiera ser que, llevado del principio de la buena fe, para honrar el nombre de esta parroquia y para orgullo de nuestra diócesis, su Excia. haya tomado la prudente decisión de llevarla consigo para cederla a la exposición de arte sacro que prepara la Consejería de Cultura y Deportes de la Comunidad Autónoma. Le ruego humildemente que con la urgencia que le sea posible se digne comunicarme si sabe algo del paradero de la custodia, con el fin de, en caso contrario, formular denuncia en el juzgado y comunicar tan sensible pérdida a los feligreses..."*

Tan pronto como leí el anterior mensaje del cura de Olivar del Arroyo, bajé al oratorio de la primera planta del palacio episcopal, permanecí diez minutos en fervorosa y confiada oración, me encomendé a la Santísima Virgen del Buen Consejo, regresé a mi despacho, puse el cartelito de 'no molesten' en la puerta, me dejé caer en el sillón, me santigüé por enésima vez, enchufé el ordenador (este ordenador del que me sirvo para contárselo a ustedes) y redacté un largo y dolorido mensaje, que me arrancó alguna lagrimilla y me dejó el corazón como una breva madura. Del mensaje, por razones de prudencia y decoro, para no dañar la inocencia de los pequeñuelos, tan sólo quiero desvelar el siguiente párrafo:

*"...Procure usted celebrar la liturgia de semana santa con sus mejores sentimientos de devoción y de arrepentimiento. Prepárese con humildad y espíritu de obediencia para dejar esa queridísima parroquia de Olivar del Arroyo y para cambiar de cocinera, de sacristana, de ama de llaves y de organista tan pronto como finalicen los cultos de la semana santa. En cuanto a la custodia de Juan de Arfe, no tenga usted preocupación por ella, don Baldomero. Si su ama de llaves durmiera en la que parecía ser su habitación, ya la habría encontrado usted. La dejé, dentro de su estuche, debajo de la almohada de la cama de ella..."*